

El ENCANTO *del* CUERVO

Una novela fascinante
sobre el poder del pasado
y la fuerza del destino.

María Martínez



EL ENCANTO DEL CUERVO

María Martínez

Para Eva Rubio. En ti he encontrado un tesoro.

Y a Celia y Andrea, por pintar mi mundo de colores.

«A la hechicera no la dejarás con vida.»Éxodo 22, 18

Prólogo

LOSTWICK, MAINE, NOVIEMBRE DE 1995

David sabía que iba a morir, esa era la única cosa de la que estaba seguro mientras lo arrastraban sobre el barro hacia el interior del bosque. Sería una muerte lenta y dolorosa, cruel, porque no estaba dispuesto a darles lo que habían venido a buscar. La llave jamás caería en manos de La Hermandad, esa sombra oscura que acechaba a su linaje desde hacía siglos y que, al fin, había dado con él.

Lo que nunca habría imaginado era quién estaba al mando de esos traidores tras el robo del grimorio oculto durante más de trescientos años en los archivos secretos de la Santa Sede, solo unos días después de ese extraño incidente en Atlanta, cuando decenas de cuervos habían tomado la ciudad bajo una luna llena teñida de sangre. La misma luna ensangrentada que coronaba el cielo la noche en que nació su hijo... y también ella.

Los augurios volvían a repetirse cuatrocientos años después, pero esta vez anunciaban vida, y no muerte. Había pasado y no sabía cómo, pero en alguna parte esa niña estaba viva, y él no había podido cumplir con su deber. La única esperanza para proteger la llave y evitar que el grimorio fuera abierto recaía ahora en su hijo, tan solo un bebé y el nuevo Guardián. Cerró los ojos con un doloroso nudo en la garganta. Apenas había tenido tiempo de ponerlo a salvo junto a su madre. A ella le había entregado el diario y la carta; también el cuchillo y el péndulo.

Vivian era el amor de su vida, y una mujer fuerte que se ocuparía de que el chico, en cuanto fuera lo suficientemente fuerte, supiera la verdad y asumiera su legado. Por ese motivo estaba tranquilo y no temía la muerte; ellos estarían bien sin él, protegidos por La Comunidad, aunque no soportaba la idea de abandonarlos, y menos de ese modo.

Los pies se le hundían en el barro, impidiéndole avanzar al ritmo que ellos marcaban. Estaba seguro de que tenía alguna costilla rota, porque el dolor y la presión que sentía en el pecho amenazaban con hacerle perder el sentido. Notaba la sangre caliente resbalando por la mejilla desde la ceja. Se lamió el labio inferior —también se lo habían partido—, escupió un trozo de diente y alzó la vista para contemplar a Mason, que abría la marcha con paso seguro y la cabeza erguida bajo la capucha de su capa.

De repente se detuvieron. David miró a su alrededor, estaba en medio de un pequeño claro de hierba rodeado de árboles, apenas si podía ver nada en medio de aquella oscuridad. Los hombres que lo mantenían preso lo soltaron y se retiraron sin quitarle los ojos de encima. Él los estudió y midió las posibilidades que tenía de salir de allí. Quizá, si no estuviera tan débil, podría con todos ellos. ¡Podía intentarlo y no rendirse, solo necesitaba una oportunidad!

Un círculo de fuego rodeó a David sin que le diera tiempo a mover un dedo. Las llamas sobrenaturales se alzaron hasta su cintura; notaba el intenso calor en la piel a través de la ropa húmeda.

—Lo intentaré una vez más —dijo Mason con voz sibilina—. Dame la llave y dime dónde está la bruja. Sé que sabes dónde se encuentra.

David contempló con asco el colgante que pendía de su cuello: una estrella de cinco puntas con un ojo en su interior, el sello de La Hermandad.

—Yo no tengo esa llave, y aunque la tuviera, no serviría de nada. Si de verdad conoces hasta el último detalle de esa historia, sabes que nadie puede leer el libro. Solo un descendiente de la bruja puede hacerlo, y ese linaje ya no existe.

—Existe, lo sé, rastreeé su sangre.

—No te creo, para eso habrías necesitado...

—¿La sangre de Moira? —replicó Mason adoptando una expresión inocente—. ¿Sabías que en esa iglesia donde la quemaron guardaron sus ropas como trofeo? Sí, en una cripta bajo el altar. Fue sencillo conseguirlas, aunque en aquel momento no encontré nada. Supuse que tu familia había conseguido borrar ese linaje de la faz de la tierra. —Una sonrisa de regocijo curvó sus labios—. Pero hace unas semanas ese suceso en Atlanta me dio que pensar... volví a intentarlo y... ¡los cristales estallaron! ¿Te haces una idea del poder de esa criatura? ¡Si no supiera que es imposible, creería que es ella que ha regresado de entre los muertos! Dime, ¿es allí adonde ibas, a Atlanta? He visto que tenías hecho el equipaje.

—De hecho acababa de regresar —indicó David con suficiencia—. Ni la madre ni la niña están vivas. Yo me he encargado de que así sea.

—¿Sabes, David? Algo dentro de mí siempre te envidió, la devoción de mis hermanos por ti, tu poder... psss. Durante años te observé en secreto, intentando descubrir qué era eso que te hacía tan especial, y aprendí a conocerte, por eso sé cuando mientes. ¡Aunque fue toda una sorpresa descubrir que eras el Guardián; eso no lo esperaba! —Un brillo iracundo iluminó sus ojos—. ¿Dónde está la llave y dónde está la niña? —preguntó con impaciencia, y las llamas cobraron virulencia.

—No me dan miedo tus trucos, ni me da miedo morir.

—Puede que si ves morir a otros, cambies de opinión —dijo Mason en tono malicioso.

Alzó los brazos y del círculo surgieron trazadas de fuego que poco a poco dibujaron una estrella de cinco puntas. Cada una de aquellas puntas terminaba a los pies de un árbol. Entonces David pudo verlos, un cuerpo atado a un tronco en cada punto, amordazados.

—¡Maldita sea, Mason, suéltalos! —rugió al reconocer a sus amigos.

—¿Con lo que me ha costado decidir a quiénes invitaba? No. Dame lo que quiero y serán libres.

—No puedo —respondió con voz suplicante.

—Bien, no me dejas elección.

—¡No...! —gritó David al ver como Vincent Sharp era rodeado por las llamas y comenzaba a arder.

—¡Habla, o sus muertes serán culpa tuya! —gruñó Mason apuntando con el dedo al próximo.

—¡Jamás te lo diré!

El siguiente en morir fue Jensen Dupree; tras él, su esposa Amber; el siguiente en caer fue Ned Devereux. Y en ningún momento David dio muestras de ceder. Sus ojos contemplaban con un dolor insoportable los restos calcinados de sus amigos. Todos estaban muertos por su culpa y jamás podría perdonarse por ello. Pero la llave valía esas vidas y muchas más. Miró al último que quedaba atado, pidiéndole perdón en silencio.

—¿Y ese grimorio vale la vida de Isaac? ¿Vas a asesinar a tu hermano? —musitó.

Por un momento la expresión de Mason cambió, y lanzó una fugaz mirada al hombre atado al árbol. De inmediato se recompuso, frío y calculador, insensible.

—Bueno, había pensado en Aaron, es tu mejor amigo; pero no tengo ni idea de dónde está. Cada vez que aparece una pista sobre esa mujercita suya, sale corriendo.

—Eres un monstruo, estás perdiendo la razón por un poder que no te pertenece, que te supera más de lo que puedes imaginar. ¡Tú no eres digno de él! —le espetó David.

Aquellas palabras parecieron hacer mella en Mason.

—¡Habla o te juro que suplicarás que te mate! —gritó al borde de la histeria.

Por un instante la barrera se debilitó, David lo sintió y aprovechó para saltar por encima de las llamas a la vez que atacaba a Mason. Este salió despedido por el aire, golpeándose la cabeza contra un árbol. David no dudó, corrió hacia Isaac, defendiéndose a duras penas de los ataques de los brujos. Le quitó la mordaza.

—No puedo moverme. Las cuerdas... las cuerdas contienen hierro —gritó Isaac.

David cerró los ojos e inhaló profundamente mientras las cuerdas se deshacían bajo su contacto. Isaac quedó libre.

—Si salimos de esta, espero que me cuentes quién demonios eres —le espetó a David. Él no contestó, pero su mirada esquiva dejó a las claras que no iba a hacerlo.

Juntos pelearon por sus vidas. David logró deshacerse de los brujos que seguían a Mason, pero no a tiempo de evitar que este asesinara a su hermano de la peor forma, congelándolo de dentro hacia fuera; una escarcha roja brotaba a través de su piel.

Se lanzó contra él y lo apartó de un empujón, pero ya era tarde y el cuerpo de Isaac cayó al suelo haciéndose añicos.

—¡Irás al infierno por sus muertes! —bramó David. Lo tomó por el cuello y lo aplastó contra un árbol. Comenzó a estrangularlo—. Me dejaría arrancar la piel a tiras antes que permitir que alguien como tú ponga sus manos en esa llave. —Respiró profunda y repetidamente, decidido a no perder la conciencia. Sintió un golpe seco en el costado y cómo algo húmedo se deslizaba por su cadera empapando su ropa.

—Me parece que lo que tú harías o no... ya no importa... espero que tu hijo no piense como tú —susurró Mason con la voz entrecortada por el agarre. Una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios—. Soy paciente, esperaré a que crezca y herede tu legado; mientras, encontraré a la niña.

—Si yo muero, mi hijo jamás sabrá nada, me llevaré el secreto a la tumba —dijo entre dientes, sujetando la muñeca de Mason para que no volviera a apuñalarlo. Se la retorció hasta que consiguió que soltara el puñal, aplastándolo con su cuerpo.

—Seguro que tienes un plan B, jamás dejarías que la llave cayera en el olvido.

David, transido de dolor, le sostuvo la mirada encolezado. Sentía la sangre resbalando por su pierna hasta el pie, acumulándose dentro de su bota. El miedo y la rabia le dieron fuerzas, un destello iluminó su mano hasta convertirla en pura luz. Con la otra le arrancó el colgante del cuello.

—Lo tengo —musitó David, inclinándose hacia atrás—. ¡Nos vemos en el infierno! —dijo mientras golpeaba a Mason en el pecho con la mano incandescente. Entonces, ambos cuerpos se desplomaron.

David abrió los ojos preguntándose cuánto tiempo habría pasado inconsciente, y se encontró con un rostro borroso sobre él. Trató de enfocar la vista y, poco a poco, distinguió las facciones de Aaron Blackwell, arrodillado a su lado.

—¿Y Mason? —susurró David.

—Muerto, como todos los demás —respondió Aaron horrorizado—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Ha sido culpa mía —respondió muy despacio. Abrió la mano y el colgante quedó a la vista. Aaron miró la joya sin dar crédito. Después recorrió con la vista el entorno, completamente espantado. Se puso en pie—. Yo dejé que les hicieran eso...

Una sensación de vértigo se apoderó de David, iba a perder la conciencia de nuevo, quizá para siempre. Vio la expresión de su amigo, cómo miraba el medallón de su mano y luego a él. Se dio cuenta de lo que estaba pasando, estaba malinterpretando los hechos. Aaron intentó alejarse con el rostro desencajado, pero David consiguió mover una mano y sujetarlo por el pantalón. No tenía tiempo de explicarle nada, y si las cosas iban a quedar así, antes necesitaba pedirle algo.

—Quiero juicio... y sentencia —tartamudeó. Sentía un frío glacial en los huesos. Aaron negó—. Me estoy muriendo... si no recibo mi castigo... lo hará mi familia, ellos no saben nada. —Apretó los dientes, pensando en su hijo y en el destino—. Conoces nuestras leyes... ¡Por favor!

—¿Por qué, David? Creí que te conocía.

—Me co... nocés. Por fa... vor —suplicó. Ya no veía nada, ni sentía dolor, solo un frío insoportable.

Aaron dudó, al final asintió con determinación.

—Por el poder que me concedieron los Antiguos, te acuso de la muerte de Vincent Sharp, Ned Devereux, Jensen y Amber Dupree y... —tragó el nudo que tenía en la garganta— Mason e Isaac Blackwell. Tu castigo es la muerte.

Capítulo 1

NUEVA YORK, 1 DE SEPTIEMBRE DE 2011

Abby miró de nuevo el reloj sobre la pizarra y empezó a dar golpecitos con el bolígrafo sobre el cuaderno, al ritmo acompasado del segundero. La última clase del primer día de instituto se le estaba haciendo interminable. Se habían acabado las vacaciones y el nuevo curso había comenzado. Justo el mismo día que ella cumplía diecisiete años.

Por fin sonó el timbre. Abby recogió sus cosas en la mochila y salió del aula, abrazando contra su pecho su precioso álbum de fotos rojo, con una inscripción en la tapa en la que se podía leer: Abby & CIA. Era el regalo de cumpleaños que le habían hecho sus amigos. Demi, Laura, Elliot y Gale se lo habían dado durante el almuerzo, después de que soplara una vela torcida sobre una madalena de chocolate.

—¡Abby, espera!

Abby se giró y vio a Gale cruzando el aparcamiento hacia ella. Apenas podía resistirse a su sonrisa traviesa, pero en su vida nada duraba demasiado tiempo y encariñarse con alguien siempre le costaba más lágrimas que alegrías, y, además, ya había tenido demasiadas decepciones. Por eso se había obligado a ignorar las miradas furtivas y el flirteo, las insinuaciones y las sonrisas cargadas de intenciones románticas.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo él. La cogió de la mano y puso en ella una cajita negra de terciopelo. La abrió y quedó a la vista una pulsera de plata. De los eslabones colgaban unos dijez diminutos con distintas formas—. Quería dártela a solas.

—¡Gale, es preciosa! —exclamó Abby, ruborizada. Por un segundo pensó que no debía aceptarla; hacerlo podía darle al chico ciertas esperanzas sobre una relación que, de momento, no iban a mantener. Finalmente extendió el brazo.

Gale sonrió satisfecho y con manos temblorosas le puso la pulsera.

—Gracias —susurró ella junto a su oído mientras lo abrazaba.

—De nada. Llévala siempre contigo, ¿vale? Te dará suerte.

—¡Claro!

El sonido de un claxon les sobresaltó. Giraron la cabeza de golpe y vieron a la madre de Abby aparcando frente a ellos. Se bajó del coche y los saludó con la mano.

La madre de Abby se llamaba Grace, y llevaba un año y medio escribiendo artículos para una revista cultural. No ganaba mucho, pero el sueldo daba para pagar el alquiler y las facturas, y para que pudieran permitirse algún capricho de vez en cuando. Aunque lo mejor de todo era que a ella parecía gustarle ese trabajo y que podía hacerlo desde casa. Quizá por eso habían dejado de mudarse.

Nunca permanecían en un mismo sitio más de cuatro meses, su madre siempre acababa encontrando un trabajo

mejor o una casa más barata en algún otro lugar, y volvían a marcharse con sus pocas pertenencias, a empezar de nuevo, otra vez. Ella siempre prometía a Abby que aquella sería la última mudanza, el último colegio nuevo, y que la próxima vez podría hacer amigos, tener clases extraescolares. Sin embargo, nunca cumplía su promesa. Durante quince años la arrastró por todos los estados de Norteamérica y parte de Canadá, como si fueran una especie de Thelma y Louise. Entonces se trasladaron a Nueva York, su madre empezó a escribir y ella pudo hacer amigos, tener una taquilla decorada y participar por primera vez en un baile de fin de curso; en definitiva, tener una vida normal.

—¿Me llamarás esta noche? —preguntó Gale a Abby.

Abby asintió y le dio un abrazo fugaz. Subió al coche y se despidió con la mano sin poder evitar volver la cabeza y contemplar cómo iba empequeñeciendo hasta desaparecer.

—Es muy bonita —dijo su madre, observando su nueva pulsera.

Abby se acomodó en el asiento, acarició el álbum con la mano y agitó la muñeca para volver a oír el tintineo de los colgantes.

—Sí, es un regalo de Gale, por mi cumpleaños. Es muy bueno conmigo —respondió.

—Sí, tengo que reconocer que es un buen chico, y se nota que le gustas. Me sorprende que no te haya pedido salir —admitió su madre mientras se detenía ante un paso de cebra; los peatones cruzaron y volvieron a ponerse en marcha.

—¡Mamá! —protestó Abby. No quería hablar de chicos con su madre, esas conversaciones nunca acababan bien.

—¿Qué? Solo es un comentario, o es que... ¿te lo ha pedido? —preguntó, mirándola con suspicacia—. ¿Estáis saliendo? Eso explicaría lo del abrazo.

—¡Mamá!

—Está bien, ya eres mayor y se supone que debo confiar en ti.

—Gracias —suspiró, consciente de que su madre seguía estudiando su rostro.

—¿Sabes que cada una de esas figuritas es un símbolo de buena suerte? —comentó Grace, cambiando de conversación. Se apartó de la cara un mechón de su larga melena pelirroja.

Abby miró con atención los dijes y tomó entre los dedos un trébol de cuatro hojas; sintió un escalofrío al acariciar el metal.

—Solo el trébol —respondió.

—Ese otro es un elefante hindú; con la trompa hacia arriba impide que la suerte se escape. El búho es uno de mis preferidos. Se cuenta que si encuentras uno y lo miras sin asustarlo, te traerá suerte de por vida y que tu fortuna hará afortunados a los tuyos.

—¡Vaya! ¿Cuentan los del zoo? Porque en Central Park no he visto ninguno.

—No, supongo que no. La leyenda se refiere a los que encuentras por casualidad, en el bosque, ¡ya sabes!

—¿Cómo sabes todas esas cosas? Nunca me has parecido una persona supersticiosa.

Grace miró a su hija un instante y se concentró de nuevo en la carretera con una expresión seria, pensativa, en su rostro.

—¡Y no lo soy, ya me conoces! Investigué un poco para un reportaje, nada más. Era interesante —respondió.

Abby tomó el búho entre los dedos.

—Pues me vendría bien encontrarme con uno. Como no dé con la forma de caerle bien a la señora Curley, creo que voy a suspender sus asignaturas.

—¿Quieres que hable con ella?

—No te preocupes, un par de herraduras solucionarán el problema. —Tocó la figura con esa forma que colgaba de la pulsera—. Y si no me dan suerte, siempre puedo lanzárselas a la cabeza y provocarle amnesia —dijo Abby con sarcasmo.

Grace soltó una carcajada. Alargó el brazo y le dio un ligero apretón en la pierna.

—Pero a ti no te hace falta nada de eso, eres una muchachita muy afortunada que hoy cumple diecisiete años.

—¡Sí! —exclamó Abby, alzando los puños en un gesto de victoria.

—¡Y eso significa...! —dijo Grace, mientras agitaba los dedos de la mano derecha.